

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Mateo 21, 1-11): *¡Hosanna al Hijo de David!*

1ª lectura (Isaías 50, 4-7): *El Señor me abrió el oído.*

Salmo (21, 8-9.17-18a.19-20.23-24): *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2, 6-11): *Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.*

Pasión (Mateo 26, 14-27, 66): *Velad y orad para no caer en la tentación.*

Hoy leemos en la segunda lectura un himno antiquísimo, hermoso, rico, inolvidable, que Pablo incluye en su Carta a los Filipenses y que la liturgia nos presenta a nuestra consideración. En él se habla del descenso, del abajamiento, de la *kénosis* (vaciamiento de la propia voluntad para llegar a ser completamente receptivo) de Jesús, quien se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz... Por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre sobre todo nombre. Porque escuchó con la máxima atención la voz de su Padre y la puso en práctica.

Fue en aquella cena de despedida, lo que llamamos “*la última cena*”, cuando las cosas quedaron suficientemente claras, al menos para Jesús: su vida es como un pan que se toma, se agradece, se parte y se entrega. Un pan que cumple su función generadora de vida en la medida en que los beneficiarios de sus nutrientes lo ingieren. Pan entregado, vino escanciado. Cuerpo y sangre, vida que se entrega y se derrama “*por vosotros y por muchos*”.

En sus diálogos con Dios, su Padre, Jesús había encontrado un sentido que orientó toda su existencia y que ahora le impulsa hacia el final, doloroso y no deseado en sí mismo, pero que es la única manera de culminar una vida vivida en fidelidad amorosa. Hay cosas peores que la muerte. Vivir sin sentido, vivir sin coherencia, abandonar su misión, traicionar sus ideales; en una palabra, ser infiel a los demás, pero sobre todo ser infiel a sí mismo y a Dios. Eso es peor que la muerte. Que nos quede claro: no fuimos salvados por el dolor, sino por el amor.

El origen de Jesús es Dios, pero la meta no es ni la humillación ni la muerte, sino la exaltación y la gloria junto al Padre, y el camino es la escucha atenta. A ese Jesús fiel y obediente lo aclamamos en este día y siempre: “*¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!*”.

¿Quién es este? ¿Un profeta? ¿Un aspirante a mesías? ¿Con qué autoridad, quién lo envía? ¿Sin ejércitos, sin poder, sin ascendiente social? ¡Imposible! Era mejor acallarlos de una u otra forma, pero parecía tener respuestas para todo, y la gente lo estimaba, lo admiraba, lo seguía... Y, como ocurre en todos los tiempos, a los que molestan a la autoridad, o aprenden a callarse o se les calla.

No es fácil situarnos ante la Pasión de Jesús. Junto con el dolor y la indignación, nos surgen preguntas. No hay palabras que justifiquen esta condena a aquel «*que pasó haciendo el bien*». El mensaje y las acciones del nazareno habían quedado ensombrecidas por la muerte en la cruz, reservada para los peores delincuentes. Sin embargo, Jesús ya había advertido a los suyos que, en Jerusalén, tendría problemas. Allí vive la cara y la cruz de la vida cuando, a la entrada, es aplaudido como un rey y, poco después, abucheado y ajusticiado como un criminal.

Los romanos tendrían su propio punto de vista, como lo tendrían también la muchedumbre y cada uno de los actores de este terrible drama. Antes de los relatos que nos transmiten los evangelistas, los cristianos vivieron el recuerdo de aquellos días y lo fueron pasando unos a otros de diversas maneras; anuncio, catequesis, fórmulas de fe, acciones litúrgicas y cánticos e himnos, entre otras formas.

Jesús nunca buscó títulos humanos ni tampoco aprovechó los divinos. Él no presumió de ser Dios, ni lo utilizó en su beneficio particular. Su poder fue un amor entregado hasta el extremo. Rompió barreras, resucitó muertos, curó enfermos y perdonó a los pecadores. Su vida fue un acto infinito de amor... Su palabra iluminó, su mirada cautivó y sus gestos sorprendieron a todos. Muchos descubrieron en Él al mesías que daba sentido a su vida y a las promesas de Dios. Con Él estaban bien y le seguían.

Pero no todos le querían. Su mensaje de amor, justicia e igualdad cuestionaba la sociedad de su tiempo. Sus acciones hablaban de la misericordia de Dios, del perdón de los pecadores, de la integración de todos... y, a muchos, no les gusto. Una multitud anónima pidió su muerte en un proceso irregular.

Ante las dificultades todos desaparecieron...; incluso sus discípulos. El miedo les ahuyentó. Es la soledad del amor, la indiferencia ante quien sufre, el rechazo a las víctimas. En la cruz yace el Mesías. Dios, en Jesús, es pisoteado. ¡Cuántas personas son hoy pisoteadas!

Nosotros hoy miramos a la cruz para contemplar a Jesús crucificado y, al mismo tiempo, para poner nuestra atención en los crucificados del mundo. En demasiadas ocasiones miramos hacia otro lado, consentimos la cruz y callamos ante las víctimas. Hoy sigue habiendo demasiado dolor. Pero Dios no calla ni permanece impasible ante la injusticia. Su sentencia será la vida por encima de la muerte, el amor por encima del odio, el perdón sobre la ruptura y la paz sobre la violencia.

Hoy comienza la Semana Santa. Un tiempo de descanso para muchos. Ojalá también un tiempo de escucha profunda y atenta. Estamos convocados a contemplar y vivir este misterio de fe y sentir el amor de un Dios que se entrega por nosotros. Vivid con Él la Pasión. **¡Feliz y Santa Semana!**